

CARTA DOMINICAL

31 DE MARZO DE 2024

ECO DE LA PALABRA

Signos que llaman

Ojalá hayamos vivido la Semana Santa con los ojos, los oídos y el corazón abiertos, para poder captar las llamadas que nos ha ido dirigiendo el Espíritu a través de la liturgia. Esta Semana está llena de bellos signos al servicio del diálogo que el Señor desea mantener con nosotros para nuestra salvación. Ese dialogo que pide nuestra respuesta sincera y que nos permite disfrutar de un profundo gozo.

Un diálogo que no tendría sentido, ni lograría su objetivo liberador y salvador si no incluyera el momento decisivo de la Resurrección.

Seguimos con el intercambio personal mediante signos que hablan y llaman, como vocaciones que esperan igualmente signos concretos de respuestas sinceras. Recordemos que los signos como lenguaje del Espíritu buscan ser “entendidos”, y no todos los ojos son capaces de hacerlo.

Abramos, pues, los ojos, los oídos y el corazón y dejémonos invadir por detalles que hablan y llaman. Vemos un grupo de hombres que con arrojo y libertad dan testimonio de un acontecimiento increíble: Dios ha resucitado al que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo. Vemos el movimiento de los personajes: una mujer, María Magdalena, que madruga y busca anhelante, que vuelve corriendo a sus hermanos, dos hombres, Pedro y Juan, que van con la misma celeridad al sepulcro, que ven su interior vacío, solo las telas usadas para la sepultura... Y el Apóstol más joven, que “vio y creyó”.

Lo que vio no fue a Cristo resucitado, sino un signo, un indicio, que podía tener diversas interpretaciones. Pero que fue entendido por ellos como una confirmación iluminadora de mensajes y palabras que el Maestro les había dicho: debía morir y resucitar. Era el Apóstol que siempre se adelantaba, el primero, a reconocer la presencia del Resucitado vivo.

Tenía los ojos, los oídos y el corazón aptos para la fe y el amor.

Desde entonces él mismo se convierte en signo, es decir, testigo. Y con él una larga cadena, una multitud, que ven y creen.

La lista de hechos y signos que llegan hasta nosotros es interminable. Desde el hecho mismo de la existencia de la Iglesia a lo largo de más de dos mil años asentada sobre la palabra y la vida de testigos, pasando por los más grandes, que han dado su vida por la fe y el amor del Resucitado. Y las obras de estos mismos testigos, que a los ojos de miradas limpias y objetivas constituyen hitos de humanidad plena. Y la propia liturgia, verdadero testigo viviente del Resucitado. Y la alegría, y la lucha diaria en favor de todas las formas de vida, y la oración; y la esperanza, que dinamiza la historia y el verdadero progreso.

Son realidades de la historia, que para algunos pueden tener muchas explicaciones. Pero que están ahí y siguen llamando a la fe y a la vida.

Lo que hemos visto y creído es el triunfo del amor, es decir, no de cualquier tipo de amor, sino concretamente del amor que desarrolló Jesús en su vida como hombre entre nosotros. Él era el gran signo, el gran testigo de ese amor. Y una vez resucitado se nos acerca a cada uno, por diferentes signos y llamadas, buscando nuestra respuesta de fe. Entonces nos convertimos en resucitados, que van proclamando la llamada, la vocación a la fe, mediante signos visibles, testimonios de vida y de palabra.

En ello consiste toda nuestra tarea y nuestro gozo. Expuestos, ofrecidos, a los ojos, los oídos y el corazón de la gente. ¿Quién verá y creará?

† Agustí Cortés Soriano
Obispo de Sant Feliu de Llobregat